

Films Selectos



AÑO I - 1 de noviembre de 1930 - N.º 5



EN ESTE NÚMERO:

¿Se casa Greta Garbo con un príncipe?, por Martínez de Ribera. — La polémica del cine: opinión de los hermanos Quintero. — Los ingresos de las estrellas fuera de los estudios, por J. B. Valero. — Nuestro viaje alrededor del mundo, por Mary Pickford y Douglas Fairbanks. — Figuras del cine: El redactor, por María Luz Morales. — Argumento y fotografías de la película «Y la princesa se enamora». — Casarrabias, con ilustraciones de Castany. etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Con estas dos lindas coristas de la Metro-Goldwyn-Mayer, ¿a qué hombre no le gustaría hacer el indio?

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
TOMÁS G. LARRAYA



REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Diputación 230 Tel. 13022
BARCELONA

DELHIACIÓN EN
MADRID: LIBRERIA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valeriano, 21 Tel. 13022



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Ultramar
Trimestre 875 pts. - Semestre 1.750
Año 3.500
Un año 15

América y Portugal
Trimestre 875 pts. - Semestre 1.750
Año 3.500
Un año 19



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUETO
30
CÉNTIMOS



¿APLAUSO O PROTESTA?

He oído recientemente la peregrina teoría de que el público culto no debe protestar, ni en el cine, ni en ningún espectáculo, pues la protesta es expresión de una inferioridad mental o educativa. No se me alcanza a qué razones se pueden acoger para sostener tal criterio. Claro está que la protesta escandalosa, insultante, no debe emplearse, pero si se puede, mejor dicho, si se debe aplaudir ¿por qué no se puede protestar? ¿Es que el hombre culto, y aun el intelectual, no puede exponer en público su modo de pensar? ¿Es que tiene que aceptar todo cuanto se le quiera servir? ¿Es que por el mero hecho de ser bien educado un público tiene que aguantar y sufrir sin queja?

Cuando vamos a adquirir algo en un comercio y no nos sirven lo que pedimos, lo rechazamos y nos vamos con nuestro dinero en el bolsillo. En los espectáculos públicos no podemos rechazarlo de antemano porque entregamos el dinero antes de que nos sirvan. ¿No es lógico que si nos sirven mal se proteste? Esta protesta es la única forma de rechazar que podemos emplear, ya que no podemos irnos, como en los comercios, con nuestro dinero en el bolsillo y que además se nos hace perder tiempo viendo cosas desagradables, feas, o que molestan a nuestras inteligencias o creencias.

A mi entender no es sólo un derecho del público la protesta, sino también una obligación, para advertir a los que tras de nosotros puedan ser espectadores y para que los empresarios no reincidan en lo sucesivo. Como también es una obligación el aplauso, que es alabanza, encomio y reconocimiento a los que laboraron para nuestra satisfacción, a los que se preocuparon de dar buen género por la buena moneda que les entregamos.

Tal vez alguno pueda decir que se han protestado algunas producciones que no eran merecedoras de ello, aunque tampoco lo fueran de aplauso, pero hay que pensar que el excesivo reclamo, el abuso inmoderado de los adjetivos encomiásticos, hacen creer muchas veces a los espectadores que es algo maravilloso lo que podrán contemplar, y por contraste, parece mucho peor de lo que en realidad es. Si se tuviera más templanza al redactar los reclamos, seguramente habría menos protestas de las que hay, o, mejor dicho, de las que principia a haber, porque esto de las protestas es algo que parece haber traído consigo el cine hablado, ya que antes apenas si se oían, y eso que hemos aguantado bastantes películas merecedoras de ser rechazadas por malas o por soporíferas. Esto me hace pensar que una de las causas de las protestas que se inician, tal vez sean los precios que actualmente se pagan para asistir a la proyección de películas sonoras. Pero quizás no lo sea, porque una película sonora, y a precios no económicos, se ha sostenido varios meses en el cartel.

Calidad, calidad y calidad, y verán los empresarios y alquiladores como el público gusta más de ejercer su derecho de aplauso, que el de protesta, pues ésta siempre produce el amargor, la pena de tener que corregir y la molestia de exponer nuestra disconformidad.

TOMÁS G. LARRAYA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 875 pts. - Semestre, 1.750 - Año, 3.500

Nombre _____

Calle _____

Población _____

Provincia _____

Desen subscribirse a **Films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º _____

El importe se lo remito por giro postal número _____

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor) _____

de _____

(Fecha) _____

Nombre _____

Calle _____

Población _____

Provincia _____

Desen subscribirse a **Films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º _____

El importe se lo remito por giro postal número _____

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor) _____

de _____

(Fecha) _____

DELICIOSO PURGANTE
ACEITE RICINO



Sola's
SABOR NARANJA

**Mejorad
vuestro
cutis**



gracias a la rosa siguiente: Limpiarse mañana y noche el rostro con un algodón de algodón empapado en leche INNOXA. De esta manera limpiaréis la piel hasta el fondo de los poros sin irritarla y le permitiréis respirar libremente, condición esencial para asegurar una buena salud.

Este método se propiciará en pocos días un cutis maravilloso y sentiréis revivir vuestra piel, puesta así en una verdadera rosa lactea.

Envíadme a vuestros Agentes: **CURIEL & MORÁN, Alameda, 238 BARCELONA**, 0,50 pesetas, en sobres de correo, para gastos de envío, recibiendo una muestra de LECHE INNOXA.

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES



La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Dientes, Granos, Quemaduras y toda clase de irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercerías.

TINTURA MARTHAND
DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 pías.
Caja grande . . . 6 pías.

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

12 estrellas de la pantalla en su casa

Si nos manda pesetas 4 por giro postal o en sellos de correo, recibirá libre de todo gasto, una de las siguientes colecciones, en tamaño 10 x 15 centímetros

COLECCIÓN N.º 1

Greta Garbo
John Gilbert
Norma Shearer
George O'Brien
Lupa Vélez
Clive Brooks
Janet Gaynor
Charles Farrell
Dolores del Río
Adolfo Menjou
Clara Bow
Gilbert Roland

SU ARTISTA PREFERIDO

en tamaño 18 x 24 centímetros lujosamente montado, puede también adquirirlo por el precio de pesetas 5 aun cuando
:-: :-: no esté en las colecciones detalladas :-: :-:

COLECCIÓN N.º 2

Jeanette Mac Donald
Maurice Chevalier
Bébé Daniels
Ramón Novarro
Mary Brian
Buster Keaton
Anita Page
Nils Asther
Billie Dove
Conrad Nagel
Nancy Carroll
John Barrymore

Boletines a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, calle Aribau, número 130, principal. - Barcelona

ESTRELLAS DE LA PANTALLA

Nombre: _____
Calle: _____ n.º _____ Población: _____
desear recibir la fotografía de _____ cuyo importe
de pesetas _____ remite por giro postal o sellos de correo.

Fecha: _____

SU ARTISTA PREFERIDO

Nombre: _____
Calle: _____ n.º _____ Población: _____
desear recibir la fotografía de _____ cuyo importe
de pesetas _____ remite por giro postal o sellos de correo.

Fecha: _____

LOS HERMANOS QUINTERO

— ¿Les interesa a ustedes el cine?
— Le he preguntado a los hermanos Quintero, así, a boca de jarro.

Los dos, don Serafin y don Joaquín, han respondido casi al mismo tiempo:

— Desde luego, nos interesa. —

A seguida, don Joaquín, el hermano menor, añade algunos antecedentes:

— Verá usted: hubo un tiempo en que nosotros apenas íbamos al cine. Esta es la verdad. El teatro, nuestra gran pasión, apenas nos deja tiempo para nada. Cuando no estamos metidos en labor, son los ensayos, las visitas, los mil compromisos que llevo aparejada la vida del autor dramático en plena actividad. No era cosa de meterse en un cine. Luego el cine comenzó a tomar incremento; nos hablaron de algunas películas con especial elogio; nos contaban maravillas de algunos actores de la pantalla... Y nos decidimos a formar en el público del cine.

— ¿Les ha defraudado el cine?

— No. Al contrario — responde ahora don Serafin —. Hemos tenido muy interesantes sorpresas. Hemos visto actores y actrices realmente admirables. Y esa última película parlante, la de Chevalier... «El desfile del amor», nos parece una prueba magnífica de lo que el cine ha logrado y de lo que puede lograr en el mañana. —

Estamos en el escenario del «Fontalba» mientras Carmen Díaz y Simó Raso representan *Mariquilla Telemoto*. Los Quintero han sido llamados a escena al final de los dos primeros actos, como si se tratara de una noche de estreno. Ahora Carmen Díaz dialoga con el espejo, ese espejo que en esta comedia viene a ser como un personaje más: el otro «yo» de la protagonista.

— Teatro de vanguardia... — les digo.

Don Serafin recoge la intención y sonríe.

— ¿Qué? ¿Qué ocurre? — interroga don Joaquín.

— Dice «Fray Con» que en esta comedia pudimos declararnos vanguardistas, porque convertimos un espejo en un personaje.

— Ya sabe él — comenta el menor de los hermanos — que a nosotros no nos gusta coquelear con eso que llaman teatro de vanguardia. No es que tengamos agotada nuestra curiosidad artística... La prueba es que nos hemos asomado al cine con toda curiosidad; pero desdeñamos la pirueta, lo artificioso... Queremos no perder la serenidad, la unidad que nos parece haber logrado en nuestra obra.

— ¿Preparan algo para el cine?

— Sí. Hemos entregado dos galones de película a un representante de la «Metro Goldwyn» que nos visitó en Barcelona.

— ¿Asunto andaluz?

— No. Esta vez quisimos que fuera una cosa puramente castellana.

— ¿Son ustedes partidarios del cine parlante? —

Carmen Díaz tira en este momento de los dos hermanos hacia el centro de la escena. Rien don Serafin y don Joaquín.

— ¡A escena todo el mundo! — indica don Joaquín.

Ya el telón se levanta por tercera vez. Ovociones. He aquí algo que no pueden



distratar los actores y los autores cinematográficos: el contacto directo con el público.

El escenario se llena de gente. Abrazos y efusiones de cordialidad, como en noche de estreno.

— Vamos arriba, al cuarto de Carmela. Allí terminaremos de hablar — dice don Joaquín.

¡Terrible conspiración contra el teatro! Ahí es nada: dos ilustres autores dramáticos concediéndole al cine su atención. Si lo supieran los actores de la compañía vendrían en protesta colectiva a echarnos del teatro...

Pero esto era en otro tiempo. Ya lo hemos dicho: el cine parlante les ha hecho ver a los actores del teatro una nueva posi-

gundo para la producción cinematográfica, ya que entran en él todos los países de Hispanoamérica, ¿por qué han de hacerse esas películas fuera de España?

No. El día que una empresa con millones acometa en España la industria cinematográfica, el triunfo será decisivo. Las ganancias enormes. Y el resultado artístico mejor que el que se pueda obtener con una película hablada en español y puesta en manos de un director que empieza por no saber nuestro idioma. —

Para *Films Selectos*.

L. A. Ramo Quintero

J. A. Ramo Quintero

gundo para la producción cinematográfica, ya que entran en él todos los países de Hispanoamérica, ¿por qué han de hacerse esas películas fuera de España?

FILMS SELECTOS



LAS ESTRELLAS DE LOS ÁNGELES

¿SE CASA GRETA GARBO CON UN PRÍNCIPE?

GRETA Garbo tiene los ojos luminosos, claros, como un amanecer de estío. Su tez es blanca, nacarada, tersa, delicada, como la carne de los bardos. La línea de su cuerpo se quiebra en esguinces felinos de una sensualidad enfermiza. Los trazos correctos que dibujan la herida en gules de sus labios finos, son de una atracción atormentadora. Se nota en todas las características esenciales de su ser, nieve y fogarada: nada más semejante a su temperamento que el volcán, al parecer inofensivo, coronado en su cresta de arañños im-polutos y encendido en su entraña por fuegos eternos.

Sin embargo, ambos esconden su incendio en el corazón, sin dejar descubrir más que sus llamaradas voraces.

Los que la conocen a través de su producción cinematográfica se sentirían defraudados al contemplarla erguida en una roca a la orilla del mar, contemplando los horizontes lejanos con unos ojos cargados de tempestad. Nada en ella hace adivinar a la mujer fatal. Son serenos sus ademanes; humildes sus ojos; de una impecable corrección sus vestiduras; franca su sonrisa pálida, y humilde su gesto acogedor.

Vive alejada del fausto de esa corte que en Hollywood tiene por reinas a la moda y la despreocupación y aunque con ella se cuenta en toda fiesta, y muchos intentaron arrastrarla a los alegres fondos de la brillante ciudad, ninguno logró, de la hermosa mujercita, aceptación para una sola no-

che de loca alegría. Las blancas palomas incitantes que se posaron en sus manos, llevando colgado en el pico rosado fueron despedazadas con un gesto de absurda crueldad por las manos que quisieron acariciar su plumón mullido.

El «Majestic» cruza el Atlántico con velocidad, dejando en el mar una estela luminosa en la que los delfines se recrean persiguiéndose, jugueteos. El cielo cobalto se desgarró con el humo negro con que las chimeneas del gran paquebot abofetean su azul purísimo. Atardecer cercano al ecuador. El sol es brasa en el horizonte sangriento en el que comienzan a flamear los primeros carmines. La música de la orquesta quiebra sus ritmos en bárbaras melodías exóticas. En un rincón de la cubierta dos jóvenes conversan. Nada de lo que les rodea existe para ellos. Su mundo se reduce en los límites de un solo corazón. El es nada menos que el príncipe Sigvard de Suecia, hijo segundo del rey Gustavo. Ella nada más que la célebre «vamp» de los estudios de la Metro conocida por Greta Garbo. (Hemos de advertir que Greta es más bella en la realidad que en la pantalla.)

Este día que acaba sobre la pareja enamorada ha sido para ellos igual que ayer; pero no será igual que mañana, porque al día siguiente del que nos ocupa, el gran trasatlán-



tico habrá rendido viaje en el puerto colosal que parece guardar la Libertad alumbrando al mundo...

¡La última noche de los enamorados a bordo del buque parecía creada para el amor! A la huida del sol, siguieron las primeras estrellas y la noche y el cielo sirvieron de tabernáculo al primer beso de Greta Garbo. Hemos dicho el primero porque los que conocen nuestros lectores son falsos, y la mala moneda en las cuentas de amor no se toma.

Desde aquel día sellaron sus esponsales Greta y el príncipe, en el maravilloso templo que taponaban las estrellas, encendía la luna y decoraba el mar, y ante un único testigo: un viejo lobo de mar que, sonriente, se acercó al capitán y, señalándole a la pareja, puso en el silencio de la noche el grito aterrador de «¡Hombre al agua!» que fué a caer en la noche seguida de una carcajada y un suspiro...

Pero los hijos de los reyes no pueden jugar con el amor, y pronto el rey Gustavo de Suecia, enterado de que su vástago se dejara arrastrar por un romántico impulso, rompió el idilio con una orden de retorno que el príncipe hubo de acatar.

Nadie ha logrado saber lo que entre el padre y el hijo ocurriría en la primera entrevista; pero lo cierto es que el príncipe Sigvard rompió sus relaciones con la actriz, y los que dieron por hecho su matrimonio hubieron de limitarse a compadecer a Greta que, a partir de aquel entonces, se hizo más retraída y amante de la soledad.

Y volvieron para ella los largos paseos solitarios. Se hicieron más profundos los círculos morados de sus ojeras. Exacerbóse su sensibilidad y, según indiscreciones de su don-

cella, la sorprendieron los albores de muchas auroras desvelada y pensativa, releyendo las cartas de amor del príncipe lejano...

Es en esta época cuando el amor a los niños se exalta en el espíritu de la enamorada, cuando puede estrechar entre sus brazos la cabellera rizada de un angelote rubio. Si su amor no hubiera sido roto por la rigidez protocolaria, tal vez sobre su vida triunfara la sonrisa de otra vida nueva que iluminase su existencia con albores de bendición.

El amor no ha podido jamás ser vencido. Por lo menos así lo aseguran los hombres sabios de todas las edades.

El príncipe Sigvard se aburría bajo los pálidos cielos de Suecia y añoraba constantemente a la amada lejana. Y un día rompió el cerco de frialdad de su corte; se puso de pie sobre el protocolo de su rancia estirpe; dió tres o cuatro voces que fueron rodando desde los salones de palacio hasta las calles de Estocolmo, y se fué en pos de los cielos luminosos que se encendían en los claros ojos de su adorada Greta.

Se vuelve a creer en el matrimonio de Greta y el príncipe. Los comentarios se suceden en la prensa internacional. ¿Será un hecho cierto o no será más que un buen deseo de los casamenteros?...

Yo, querido lector, a fuer de hombre sincero, como me lo contaron te lo cuento, y reconozco que si no ocurrió cual te lo ofrezco, pudo muy bien así haber ocurrido. Al fin y al cabo ni tú ni yo vamos a perder nada.

MARTÍNEZ DE RIQUENA

Los ingresos de las estrellas fuera de los estudios

de Catalunya

En los Estados Unidos, las cualidades artísticas no están reñidas con las aficiones mercantiles. Los artistas de la pantalla ponen la gloria por encima de

todo, pero eso no les impide poner inmediatamente debajo el dinero. Aquello constituye el alimento espiritual, esto lo que la pobre envoltura humana necesi-

ta. Materia y espíritu somos, y a las dos cosas hay que atender igualmente.

Esta es, sin duda, la filosofía que lleva a los astros de la pantalla a pasar, del estudio donde acaban de poner toda su alma en el rodaje de algunas escenas, a sus negocios particulares, donde no ponen más que las manos y sus conocimientos de aritmética.

Los que se asombran de que un artista de cine cobre más de mil dólares diarios, se asombrarán mucho más cuando sepan que esos mil dólares se multiplican en las hábiles manos de esos bibelots vivos que parecen creados sólo para sentir y amar.

Bessie Lowe, la graciosa y traviesa rubia que está en alza con motivo del cine sonoro, se convierte en una grave casera cuando llega a casa. Tiene multitud de *bangalows* en Hollywood y los alquila a todo aquel que esté dispuesto a pagar lo que Bessie señala como último precio.

Este negocio le ha producido siempre cantidades que doblan y triplican su sueldo en los estudios. Y no es eso todo. La encantadora e ingenua Bessie es un casero como cualquier otro cuando alguien deja de pagar el alquiler. Le pone los muebles en la calle inmediatamente.

Otra bella artista, Betty Compson, después de hacer jugar ante la cámara sus ojos un tanto vampírescos, se dirige a orillas del lago Craconion, donde tiene un magnífico restaurante en el que baila, canta y hace vodeviles para atraer a la clientela.

Además de figurar como estrella en el cuadro artístico, visita la cocina, repasa los cubiertos para ver si están bien lavados y después se va al despacho a examinar los libros de contabilidad.

El negocio marcha viento en popa y la fotogénica Betty no se siente humillada de tener que andar en la cocina entre los platos sucios y la tierra de fregar.

Alla Nazimova posee otro restaurante. Así lo llama ella, aunque la gente no va allí a comer, sino a beber. Está rodeado de un inmenso jardín con bellos rincones propicios a las confidencias, y cuando los artistas de cine sienten deseos de echar una cana al aire, cosa que sucede con bastante frecuencia, se van al restaurante de su compañera y allí, ocultos entre las frondas, descorchan centenares de botellas que equivalen a millares de dólares.

El negocio es peligroso, porque los agentes de la ley seca tienen vista de águila, pero al mismo tiempo es tan lucrativo, que a Nazimova no le importa un ardite el estar de capa caída como artista de la pantalla.



Cullen Moore, fabrica perfumes, y sus marcas han adquirido gran popularidad en Hollywood.

Nohu Beery, el ogro del cine por excelencia, ha llegado más allá que Nazimova, y en un hermoso parque que posee en las afueras de Hollywood, ha construido chozas rústicas, lagos artificiales y campos para toda clase de deportes. Los artistas de cine que quieren descanso se van al parque de Beery, improvisan sus viviendas en las rústicas chozas y allí pasan un par de semanas haciendo vida selvática o deportiva, que entre ambas cosas pueden elegir.

Nohu se dedica también a la cría de perros de raza y, entre una cosa y otra, obtiene magníficas ganancias que no tienen nada que envidiar a las que le produce su habilidad para hacer en la pantalla de hombre brutal y odioso.

Paulina Frederik tiene una casa de modas en Beverly Hills, de la que diariamente salen facturas de miles de dólares.

Colleen Moore fabrica perfumes, y sus marcas han adquirido gran popularidad en Hollywood.

Clara Bow se asoció con su padre para poner un restaurante en el boulevard Wilshire cuando, según la encuesta de un importante rotativo norteamericano, la fascinadora Clarita era la estrella que más pública llevaba al cine y que más admiradores tenía.

El gran Chaplin está asociado con el dueño del café «Henry's», que es el más aristocrático y concurrido del emporio del cine.

El malogrado Lon Chaney se dedicaba a comprar terrenos que vendía años después, cuando la expansión de la ciudad multiplicaba su valor. Por este mismo sistema, Ruth Roland, que tanto brilló cuando las películas de series estaban de moda, se ha hecho millonaria, pues terrenos que compró en los alrededores están ahora en el centro de Hollywood y pudo vender por cien lo que adquirió por uno.

Bebé Daniels es propietaria de infinidad de casas que por su comodidad se disputan los artistas de cine, a pesar de que saben a lo que se exponen si no pagan puntualmente a la terrible «Nieta del Zorro».

Mary Miles Minter era dueña de unos enormes lavaderos mecánicos y, aunque no dirigía el negocio, hacía frecuentes visitas a la lejía y al jabón, sin que esto la privara de soñar después en la pantalla o en los rincones de sus hermosos jardines con sus flirts sucesivos.

Y de tal modo la prosa del lavadero no dificultaba sus expansiones espirituales, que una de ellas se convirtió en un formidable escándalo que la obligó a escapar del paraíso de la cinematografía.

Antes eran los artistas aficionados al juego de bolsa, pero desde las últimas catástrofes financieras de Nueva York,

que dejaron a John Gilbert poco menos que con lo puesto, invierten su dinero en negocios más seguros.

De modo que el cine sonoro no ha significado una ruina para nadie. Los artistas que no tienen voz, se consolarán fácilmente haciendo sonar el oro de sus

cajas de caudales, que, bien mirado, tiene una sonoridad tan hermosa como la de la voz de Jeanette Mac Donald, y cuando los astros del cine mudo no tengan contratos con los estudios, los harán de arrendamiento con sus inquilinos.

J. B. VALEDO



El gran Chaplin está asociado con el dueño del café «Henry's», que es el más aristocrático.

...y la princesa se enamora

CHARLIE Peters (Charles Farrell), joven ingeniero hijo del presidente de la Heating Corporation de los E. U., está encargado de ir a Daritzia, pequeño principado de los Balcanes, para hacer una nueva instalación eléctrica a cuenta de la compañía de su padre. Al llegar se entrevista con el único lampista de la localidad, jefe de policía, cartero y alcalde al mismo tiempo, que ha hecho la instalación primitiva y éste le informa de que aquella misma noche sale el Príncipe para París y que él no podrá empezar su trabajo hasta el día siguiente y le aconseja que se vaya a pasear.

En un camino de la montaña encuentra a una muchacha que guía un cochecillo, la princesa Luisa (Maureen O'Sullivan) y Farrell creyendo que bromea, le confiesa que él es el duque Mamaronec. Esto tranquiliza a la joven y se dan una cita para el día siguiente en el castillo del Duque. A la otra mañana Farrell se dispone a empezar su obra en el salón del castillo, cuando llegan la Princesa y su dama de honor miss Eden (Louise Closser Hall) y le presenta a ella como a un verdadero duque.

La instalación eléctrica para el castillo se debe a la llegada del millonario americano Alberto Bowers (Bert Roach), que lo ha comprado, y dos compañeros que ha conocido en Montecarlo, el barón Von Kemper (Lucien Prival) y lord Worthing (Murray Kinnell). Roach ordena a Farrell

Argumento de la película «Fox»



que deje el castillo, pero al enterarse de que es el hijo de su antiguo amigo, se disculpa y le ruega se quede como huésped.

Miss O'Sullivan no quiere oír hablar a Farrell, firme en su enfado, pero interesada íntimamente por él.

Kinnell, entretanto, hace la corte a la Princesa de la que se enamora, con gran enojo de Farrell, que cuenta sus cuitas a Roach y éste, para protegerle, manda a Kinnell a París. Kinnell intriga cerca del Príncipe y le hace creer que su hija pasa las noches con Roach. El Príncipe manda orden a Roach de que se case con la Princesa ya que ha deshonrado su nombre, pero Roach tiene en América mujer e hijos y no puede cumplir el mandato.

Los planes que se trazan para salir del atolladero se deshacen a la llegada del Príncipe. Deciden que Farrell haga de Roach y así pueda casarse con la Princesa ya que de otro modo no sería posible. El Príncipe cree la farsa y celebra la ceremonia mientras Farrell encierra en la bodega a un criado que quiere descubrir su verdadera personalidad. Roach ha preparado todo para que la pareja feliz, inmediatamente después de la ceremonia, pueda embarcar para América y, cuando ya demasiado tarde, llegan las explicaciones, los novios se han perdido en el confin del horizonte.



PELÍCULA TOTALMENTE
HABLADA EN CASTELLANO

soberbia creación del actor español
ERNESTO VILCHES



En el pequeño salón de proyecciones de la casa Paramount, la voz campanuda de Vilches modula frases y exclamaciones reproducidas con tanta fidelidad por el aparato sonoro, que por un momento creemos ver la pantalla trans-

damente dibujado en estas primeras escenas. Acto seguido comienza el argumento. Mr. tiene una nieta y un sobrino. La nieta presente y el sobrino ausente. Los dos primos se aman desde la infancia y aunque nada se han dicho oficialmente, en el ambiente flota la sospecha de que han nacido el uno para el otro. Y aparece el traidor. Su porte distinguido, sus maneras desenvueltas, su mirar clínico, y su bigote caprichoso, lo delatan. Ha venido a pasar el domingo en casa de Mr. y procura hacerse

lo que todos, menos él, presentíamos. Se apagan las luces, aparece una sombra, ruedan sillas y mesas, y al ruido de los golpes se espanta la alarma por toda la casa. El sobrino ha sido herido en la cabeza y el brillante ha desaparecido.

Si el sobrino, en vez de ser actor de cine, hubiese sido simplemente especta-



amar locamente de su nieta. Este mismo domingo, que no por ser el domingo de los trágicos acontecimientos deja de ser festivo, llega el sobrino. Es portador de un brillante del tamaño de un adoquín, que la casa donde trabaja le ha confiado para que vaya a depositarlo a Londres. El sobrino se retira tranquilamente a descansar y sucede



formada en escenario, y atisbamos, curiosos, creyendo poder ver asomar las puntas de las alpargatas de los tramposistas y el dedo imperioso del traspunte. Los pocos afortunados que hemos podido asistir a la prueba formamos una especie de tribunal implacable, dispuesto a juzgar severamente la producción llamada a obtener el éxito de la temporada. Presenciamos las primeras escenas y sonreímos. Vilches, la caracterización del cual es perfecta, se pelen con un ayuda de cámara respetuoso y lucha empleando como proyectiles los cojines y los almohadones. El personaje queda estupen-



dor, esto no le habría sucedido, pues con una sola mirada se habría hecho cargo de la clase de pájaro que era el traidor, habría adivinado sus intenciones aviesas y se habría puesto en guardia. Pero de la misma manera que el zapatero es el ser peor calzado, el actor de cine es el ser menos escamado, y después de caer veinte veces en la misma trampa, se conserva tan inocente como el primer día. Claro que las empresas hacen bien en conservar a todo trance estos actores, pues si en lugar de ellos actuaran espectadores escamados no habría argumento posible ni película que pasara de las primeras



escenas. De todos modos, no estara de mas que digamos que nosotros en lugar de Barry Norton habríamos olfateado el peligro y tomado toda clase de precauciones.

El nudo de la película consiste en un cabello. En un cabello anudado en el tallo de una flor que sirve para que Mr... ponga de manifiesto sus dotes detectivescas y no permite que en la película se luzca nadie más que él.

Los primeros actores han tenido siempre una fatal inclinación a no permitir competencias, y en las escenas de conjunto resultan siempre peligrosísimos. Si los directores no los

vigilaran, el cine sonoro sufriría un serio tropiezo, pues acabarían recitando monólogos.

Cuando los afortunados espectadores, que insensiblemente habíamos actuado de jurado, nos levantamos después de asistir al castigo del traidor y a las relaciones formales de los dos primos, caso de habernos exigido que emitiéramos un veredicto, todos sin ponernos de acuerdo habríamos confesado que acabábamos de asistir a la prueba de la mejor película hablada en español.

V. C.

(Ilustraciones de Castany)

— **Señor redactor cinematográfico:** (valga el disparate del calificativo, disparate que, por repartido y extendido, dejó ya de serlo): hay que hacer crítica pura, honrada y valiente; hay que ensalzar el buen cine y declarar guerra sin cuartel al malo; hay que contribuir, desde la alta tribuna del periódico, a encauzar el arte nuevo, predilecto de las multitudes, por senderos de arte, de moralidad y de sentido común. Hay que combatir el industrialismo, la perversidad y la insulsa en la pantalla; hay que lograr que las ilimitadas posibilidades del arte nuevo sean puestas al servicio del progreso moral y artístico que la cultura es... He aquí la alta misión que hoy tiene en sus manos la crítica cinematográfica...

(—¿Nada menos que todo eso?... ¡Oh, qué honor y qué dicha el ser redactor!)

— **Señor redactor cinematográfico:** ¿cómo osó usted decir que la nariz de la estrella es puntiaguda e impropio el atavío del galán? ¿De dónde sacó usted que a nuestra reconstrucción de la catedral de Florencia le temblaran las bambalinas? ¿Quién le autorizó para desacreditarnos advirtiéndole que el triunfo de la «vamp» sobre el protagonista en el juego del amor, da lugar a escenas atrevidas, poco recomendables para menores de edad? ¿A qué ha venido el calificar de «españolada» lo que no era tal, sino «mejicanada» legítima y sin adulteración? ¿Cómo no se ha entusiasmado con el castizo diálogo netamente español que sostienen, en diversos momentos de la cinta, un actor peruano y una estrella argentina, un italiano, un belga y un portugués? ¿Cómo no hizo notar la belleza de los epigramas, por los que hemos pagado una crecida cantidad de pesetas, con tal de que en ellos no se repitieran constantes adjetivos, floridas y elegantes frases? ¿Por qué no ha echado a vuelo las campanas del elogio, para alabar la hermosa iniciativa merced a la cual se ha mejorado enormemente el asunto de la cinta, dando al famoso pero triste drama, un inesperado final feliz? ¡Señor redactor cinematográfico: usted ataca a nues-

FIGURAS DEL CINE EL REDACTOR (A LA MANERA DE...)

tros intereses, y es desde este momento nuestro peor enemigo!...

(¡Oh, qué dicha la de ser redactor!)

— **Señor redactor cinematográfico:** No sabe usted lo que trae entre manos ni entiende un comino de su profesión... Sus páginas de cine son de una insulsa aplastante. En ellos no se habla de divorcios ni de escándalos conyugales, ni se da cuenta de crímenes o suicidios ocurridos entre la cinelândia grey. Concede usted más importancia al arte de Greta o de Lillian que a sus veleidades amorosas, y si aguardáramos sus informaciones aun no sabríamos una palabra de los sabrosos escándalos de Mae Murray. Por si esto fuera poco, los galanes de apostura indiscutible le empaquetan, y llega su estulticia al punto de cantarnos, de tanto en tanto, las alabanzas de la película documental. Se permite usted rasgos de abstracto humorismo que nadie entiende ni a nadie interesan, y deja, en cambio, de lado los chismes y cuentos personales, concretos, directos, tan sabrosos de comentar y repetir. No publica usted retratos «ligeros de ropa». No fomenta el idolismo. No adorna sus comentarios, artículos, críticas, noticias, ecos, etcétera, etcétera, con el bello y generalmente usado vocabulario, merced al cual todas las estrellas son insignes, gloriosas, geniales, excelsas; todos los astros, insuperables, inigualables, irresistibles...; los decorados suntuosos, estupendos, colosales, magníficos; la dirección rotunda, categórica, magna; la producción grande, enorme, superenorme, inmensa, archisuperinmensa, colosal y requetearchisupercolosal... ¡Y en usted han puesto su confianza los directivos de una gran revista! ¡Oh, qué lamentable equivocación! Por ese camino, si en su mano estuviera, llevaría usted el arte cinematográfico a su más completa y acabada ruina.

—¿Nada menos?

—¡Nada menos!

(—Pues señor: cuando así hablan, de un lado las empresas, de otro lado el público: ¡qué placer el de ser redactor!)

— **Señor redactor cinematográfico:** ¡Si no confiesa usted que A es el mejor director del mundo, es usted un perfecto alcornoque! —¿Quién dijo que A? —¿Acaso ignora usted, señor redactor cinematográfico, la existencia de B? Rectifique usted, en nombre del arte y de la justicia. —¡Ha rectificado! ¡Que vacilación en sus convicciones! —¡No rectifica! ¡Claro: como que A es de Morgavia y B de Suetonia! Su morgavismo es descarado, patente, insultante. ¡Esto no puede continuar así! —

(¿No? ¡Oh, qué felicidad la de ser redactor!)

— **Señor redactor cinematográfico:** Los viajeros (o los extras, o los dobles, o los protagonistas, o los «cameramen») sufrimos estas y estas contradicciones: estas y estas vejaciones... Dígole usted claro en su periódico; así y así... —Pero ¿han visto ustedes lo que acerca de los viajeros (o extras, o dobles, o protagonistas, o «cameramen») publica este redactor cinematográfico? ¡Un horror! No sabe lo que se dice... Pone en ridículo a esos pobres chicos. Bien se comprende que no ha visto jamás, ni de lejos, a un viajante (ni a un extra, o a un doble, o a un «cameraman»). —Señor redactor cinematográfico: haga usted moralidad. —Señor redactor cinematográfico: no sea usted mojigato. —¿Cómo no arremete usted contra el abuso de los títulos y subtítulos, señor redactor cinematográfico? —Señor redactor cinematográfico: piense usted que en la abundancia de títulos y subtítulos me va a mi la abundancia de pan. —Y sepa usted, señor redactor cinematográfico, que hoy sólo es digno de elogio el film de vanguardia... —Acaban de enviarme, señor redactor cinematográfico, una película de anteguerra. Espero de su talento una crítica favorable al film de factura clásica, no-

(Continúa en la página 24)

EL CINE Y LA MODA Filmoteca



Un gran número de los modelos que los grandes modistos presentan para esta temporada son de vestidos ceñidos al talle y caderas y amplios para con caída suave, flácida en sus faldas. Y no es este aspecto de líneas nueva únicamente recomendada para los vestidos de noche, sino también para los de día, aunque está limitado a los de tarde, pues por las mañanas se llevan trajes más sencillos o de corte sastre.

Las tres artistas cuya fotografía aparece en esta página lucen varios de estos nuevos modelos. En la parte superior a la izquierda se ve a Jeanette Ladd de la P. D. C. llevando un vestido de recepción hecho de crep satin blanco. A su lado Anita Page de la M. G. M. luce un rico vestido de tarde hecho de terciopelo de seda y en la parte inferior se ve a Seena Owen de la F. B. O. con un magnífico vestido de tarde de lana de plata con falda de encaje de plata. — Anita Flanagan

PIERRE Mirande es un joven francés que se ve obligado en Venecia a hacer el papel de cicerone de los turistas americanos. En esta andanza conoce a la familia Billings, ricos fabricantes de Chiclet en Norteamérica; familia compuesta del padre, la madre, una hija encantadora y el menos encantador prometido de ésta. Bárbara (que es el nombre de la bella americana) se siente irresistiblemente atraída hacia el joven francés en quien encuentra un romanticismo y dotes de seducción de que carecen los hombres de su país.

Cuando el multimillonario mister Billings lo sabe, pone el grito en el cielo, pero al fin, hombre práctico, al ver que el romanticismo de la muchacha no se deja vencer y que ella está dispuesta, sea como sea, a casarse con Pierre, decide llevarse a éste a Norteamérica, convertirlo en un hombre de negocios... y en consecuencia hacerlo fracasar del modo más resonante ante los ojos de Bárbara.

Saturado de amor y de buen deseo Pierre Mirande se embarca para Norteamérica y el idilio continúa a través de todas las aventuras de la ciencia. La americanización del aristocrático joven francés y su adaptación al medio comercial, nos lleva a través de una larga sucesión de escenas cómicas. El pa-

Filmoteca
de Cat

dre de Bárbara, el antiguo prometido de la multimillonaria, y el encargado de la fábrica de Chiclet, se confabulan para hacerle la vida amarga al recién llegado. El encargado, hombre grosero y brutal, decide emborrachar a Pierre y cargar sobre él las culpas de la introducción de licor en la fábrica. La casualidad hace que el whiskey introducido en el taller por el encargado caiga sobre la pasta de Chiclet que Pierre está manipulando. El joven francés prueba la mezcla y tiene una salvadora idea. El «Chiclet al whiskey» será su creación. Comunicada la idea a Mr. Billings éste no sólo la acepta sino que se prepara a ponerla en práctica con todos los honores. Pierre Mirande se hace rápidamente el hombre del día y de escalón en escalón logra hacerse indispensable a su futuro suegro, quien acaba por tener que rogarle que acepte la mano de Bárbara. Mas ésta está resentida porque le parece que los negocios le atraen la atención de Pierre más que su amor. La norteamericanización del romántico cicerone veneciano no la convence y se muestra esquiva con él cuando todo parecía sonreírles. Entonces Pierre rapta a su prometida y le demuestra que debajo del hombre de negocios más norteamericanizado puede palpar un corazón europeo.



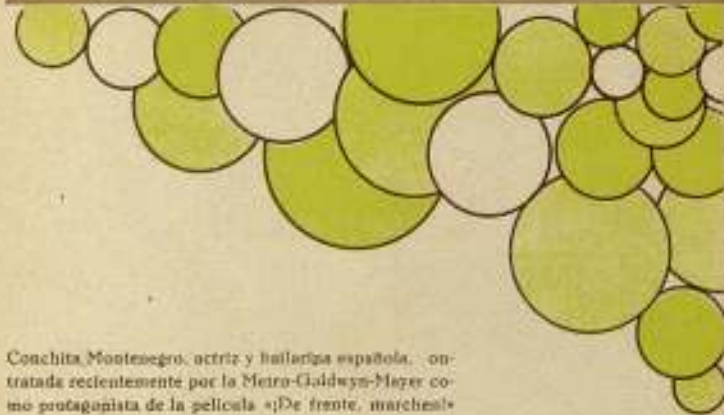
EL GRAN HARCO



PELÍCULA PARAMOUNT
PROTAGONISTA: MAURICE CHEVALIER



NUEVA ESTRELLA
de Cines ESPAÑOLA



Conchita Montenegro: actriz y bailarina española, contratada recientemente por la Metro-Goldwyn-Mayer como protagonista de la película «¡De frente, marchen!»





Lillian Harvey, de la Ufa

El general Crack

Así se titula la última película interpretada por John Barrymore, en unión de Lowell Sherman, Andrés de Segurola, Marion Nixon, Armida, Hobart Bosworth, Jacqueline Logan y Otto Matiesen, y editada por Warner Bros, que distribuye en España Selecciones Cines. En ella se nos muestra una nueva faceta del arte interpretativo de este gran artista.

La creación de «El general Crack» ha de quedar como imborrable recuerdo en la mente de cuantos vean esta magni-



fica producción. La película totalmente hablada nos da a conocer las emocionantes aventuras de un esforzado guerrero que llega por su propio esfuerzo a ocupar los más altos puestos militares. Una brillante presentación acompaña a «El general Crack» en sus correrías. Un ambiente de extraordinaria riqueza envuelve a este personaje arrancado de la realidad y llevado al cine con pinceladas de bello colorido.

Para la filmación de este film fueron contratados los mejores arquitectos de Hollywood que proyectaron, de acuerdo con los directores de producción, las enormes construcciones corpóreas que aparecen en el mismo y que batan el record de todo lo realizado en materia de decoración en los estudios americanos.

Estas construcciones gigantescas de extraordinaria realidad y sorprendente magnificencia cobijan a millares de «extras», constituyendo verdaderos ejércitos que actuaron bajo las órdenes del muy justamente celebrado director Al. Crosland.

EL GENERAL CRACK

Cómo besan los ases de la pantalla

CLASES E IMPORTANCIA DE LOS BESOS



Jane Daly y Lloyd Hughes de la Metro en la versión cinematográfica de la novela de Julio Verne «La isla misteriosa»

No puede negarse que el arrollador avance del cine, no contribuido poderosamente en la transformación y refinamiento del arte de besar. Los sinceros oscuros, tímidos o apasionados que entre sí cambiaban nuestros abuelos, han llegado a ser, al reflejarse en la pantalla, algo sutil y complicado, en el que se mezcla el artificio con la atracción.

La teoría y la práctica han avanzado juntas a saltos, hasta el punto de que el conocido director de escena muda, Francis Dillon, declara que, según su profesional experiencia, existen nada menos que treinta y cuatro sistemas de besar. «Entre ellos se cuentan — dice el citado director con evidente cinismo — desde el prosaico roce de labios matrimonial, hasta las fogosas demostraciones de pasión que tan bien han interpretado John Gilbert y Greta Garbo.»

En los últimos años, la censura se ha hecho más rigurosa para los besos en la pantalla, y sus héroes tienen que limitar sus expansiones a un número de segundos más o menos corto, según los diferentes países. En los principios de la era cinematográfica no existían tales limitaciones, actores y actrices podían dar rienda suelta a sus impulsos, y aun se recuerda en la historia de la pantalla a una miss Irwin, no muy joven ni muy bella, pero expresiva en exceso, que si pegaba los labios a una boca masculina, sostenía la postura de veinte a treinta segundos.

Durante el apogeo de las vampiresas, hace de esto unos diez o quince años, se concedió campo libre a las Theda Bara, Lilla Glauks, Dorothy Dalton y otras no menos peligrosas sirenas, para manifestar sin cortapisas sus artes de seducción. Mas llegaron los austeros y lógicos censores, y al fijar su atención en los besos lanzaron la concluyente orden: «La duración de los besos no debe exceder de diez segundos».

Y los clasificados por Mr. Dillon, bajo la subdivisión de «besos de alta presión», fueron suprimidos de raíz. Hoy puede decirse que el beso cinematográfico ya no dura más de tres a cuatro segundos, limitación que ha tenido buena acogida en toda Europa.

Ann Harding y Robert Ames en «Holidays» de la P. D. C.



Una de las más interesantes, cuanto inesperadas fases de la conquista del mundo por los films americanos, consiste en el hecho de que éstos hayan impuesto una nueva técnica de besar a los países de aqueude los mares, pues según expertos de Cielandia muy versados en la materia, en Europa era, hasta hace poco, desconocido el beso con los labios separados.

La novísima revelación llegó a las películas americanas desde el oeste, y en la actualidad el estilo de Hollywood se ha extendido por todo el mundo civilizado, con la rapidez de un reguero de pólvora.

En cambio, los convencionales besos de la escena, sancionados por la costumbre, jamás ejercieron ninguna influencia sobre los hábitos de besarse la humanidad. Esto se explica porque los besos de teatro nunca fueron verdaderos, y en los momentos más culminantes, apenas si los labios de los protagonistas llegaban a rozarse y si por casualidad tenían que besarse auténticamente, representaba el personaje masculino una mujer para que no escandalizaran los ósculos. En el cine es otra cosa, y desde un principio, tanto los actores y actrices como sus besos, siempre fueron auténticos.

Se cuenta por los Estudios, que un famoso actor alemán, contratado por una de las principales casas productoras, al filmar una escena de pasión, en la que tenía por compañera a una linda americanita, al ofrecerle ésta francamente sus tentadores labios, el tedesco, a pesar de sus cuarenta años cumplidos y de su larga experiencia de teatro, quedóse confuso, y dio lugar a que el director, impaciente, le dijera: «¡Besela usted, hombre, que no le morderá!».

Es notorio en Hollywood que Jack Mulhall es el afortunado mortal a quien ha cabido la dicha de besar mayor número de bellezas cinematográficas, que a cualquier otro actor de la pantalla. El mismo ha hecho el cálculo de las mujeres que ha besado ante la cámara, y la cifra asciende a noventa y nueve.

Por poco expresivo que haya sido, y teniendo en cuenta los necesarios ensayos, puede llegarse a un total aproximado de setecientos sesenta y cinco ósculos, entre los que, seguramente, se encontrarán de todas clases, desde el instantáneo roce de labios conyugal, según Dillon, a los de la ya prohibida duración de veinticinco segundos.

A juicio del bien documentado Mulhall, una de



Greta Garbo y Nils Asther en «Orquídeas salvajes», de la Metro.

Goldwyn-Mayer.

las actrices cuyos besos causan emoción más intensa es la genial Greta Garbo, maestra en la expresión de toda la gama del sentimiento.

No hay más que ver el voluptuoso renunciamiento con que se abandona en los brazos del arrogante Nils Asther, en la escena de pasión de «Orquídeas salvajes», para comprender lo refinadamente sensual de tan exquisito y vibrante organismo.

La opinión femenina, o al menos una opinión femenina, la encontramos en la hermosísima Billie Dove, que después de manifestar haber sido besada por una larga serie de los más apuestos y arrebatadores astros de la pantalla, termina diciendo que nuestro simpático y varonil compatriota Antonio Moreno es el actor de cine cuyos besos le han causado sensación más intensa. Nadie que haya visto la película «Adoración», podrá poner en duda la sinceridad de la hermosa actriz.

Los besos que en ella cambian los protagonistas (Antonio Moreno y Billie Dove), aunque sean conyugales, nada tienen de común en el «frio roce de labios», clasificado por el director Dillon. Los expresivos rostros de ambos cónyuges (en la pantalla) demuestran con asombrosa realidad, el amoroso delirio que se apodera de ellos, producido por el cambio de apasionadas curicias.

Citaremos otras dos pa-

(Continúa en la página 24)

Billie Dove y Antonio Moreno en «Adoración», de la First National



Dennis King

en la película
a todo color

**El rey
vagabundo**

que con tanto
éxito se proyecta
en

COLISEUM

La acompaña
la gentil y
maravillosa

JEANETTE
MAC DONALD

ES UN FILM SONORO PARAMOUNT



NUESTRO VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

FOR
Mary Pickford
Y
Douglas Fairbanks



(Continuación.)

Las orillas fangosas en las que estaban amarrados varios faluchos, son bastante desilusionadoras, pero la ojeada a los vastos monumentos de piedra, fué la primera de una serie de excitantes vistas.

En realidad, lo primero que hicimos al llegar al Shepheard, fué tomar un auto e irnos hacia Gizeh para ver la Esfinge y la Gran Pirámide, contemplándolas de cerca. Al frente de estos gigantescos monumentos de piedra, disfrutamos de la mágica vista de Egipto. Douglas deseaba trepar hasta la cumbre de la Pirámide de Cheops y ascendió por la parte de su arrugado costado, pero yo me contenté contemplándola desde el lomo de un camello en el cual fui hasta la esfinge.

Naturalmente, ya sé que este monumento a uno de los Dioses del Sol no es más que un rompecabezas para los egipólogos, del mismo modo que la Gran Pirámide no es el primero de los edificios de piedra, pero ninguno de los descubrimientos de los sabios disminu-

rá la impresión que me hizo este enorme monumento. Cuando nos sentamos para tomar el té en el «Mena House Hotel», al otro lado de la meseta de la Pirámide, estábamos tan impresionados que pasó algún tiempo antes de que pudiéramos hablar.

No obstante, aun nos esperaba un mayor deleite. La mañana siguiente, Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tutankhamen, nos vino a buscar y nos acompañó al Museo Egipcio, donde nos enseñó los tesoros que de aquella había extraído. Más de la mitad del contenido de la tumba, las mejores producciones de los artesanos egipcios que se habían descubierto, el valor artístico de los ornamentos de oro que sobresalen de todo lo anteriormente conocido, pueden admirarse en el Museo de El Cairo, pudiendo verse al joven gobernador del país del Nilo y reconstruir la civilización de su pueblo, mucho mejor que rompiéndose la cabeza estudiando.

Como todo el mundo en América, había leído infinidad de noticias periodísticas, artículos de revistas y libros sobre los descubrimientos de mister Carter, pero lo que nos mostró en el Museo Egipcio, sobrepasa en mucho a todo lo que había imaginado. Durante cuatro horas, nos explicó el contenido de cada caja (la colección ocupa cuatro galerías en el segundo piso), recalándonos el significado de los jarrones de alabastro, arcas incrustadas y urnas así como los artículos de uso personal de incalculable valor que se pusieron en la tumba al verificarse el entierro. Como es natural, su mayor orgullo fué el enseñarnos la momia de oro que ocupa el ataúd del Rey colocada en una habitación aparte, por ser el más grande tesoro de su asombroso descubrimiento. Tampoco quiero olvidar la máscara de oro que revela las facciones exactas del joven rostro, con ojos de lazulita.

Más que todos los tesoros de marfil, amuletos y adornos, me impresionó un pedazo de tela manchado de sangre que llevaba arrollado en un dedo

Luzor. Columnas idénticas del templo de Amon Hotep III.



donde incidentalmente se había hecho un rasguño. Parecía que corría la valla de centurias que lo separan de nuestros días, humanizándolo. A pesar de su grandeza, no era más que un niño que se había cortado en un dedo. La silla que usaba de niño, su carroza, sus guantes de estaño, y los muchos recuerdos de su vida eran sanamente conmovedores. El verlos es ya una cosa inolvidable, pero mostrados por Howard Carter, con toda la riqueza de detalles como únicamente puede darlos su descubridor, resultó para mí tal vez el mejor momento de mi viaje. Más tarde visitamos las bellas mezquitas, la ciudadela y otros lugares de la capital.

Mister Carter nos rogó permaneciésemos en El Cairo varios días más de lo que teníamos pensado, a fin de acompañarnos a Luxor y mostrarnos la tumba de Tutankhamen, pero Douglas estaba impaciente para empezar una excursión por el desierto, así es que una tarde, después de un agitado día de compras, en los bazares, y visitas en las islas del Nilo, tomamos el expreso de la noche saliendo para la famosa ciudad de invierno al otro lado del valle de los Reyes.

Como estábamos a prin-

Cairo.—En las calles del barrio típico hay gran animación y movimiento



cipios de noviembre, el tabaco de invierno estaba caro, y nos instalamos en el «Luxor Hotel», del que hicimos nuestro Cuartel general, mientras visitamos las ruinas de Karnak y las tumbas de los Reyes en la parte oeste del río. La tumba de Tutankhamen era más repulsiva de lo que yo había imaginado, pero nuestras visitas a las principales y más decoradas tumbas, que están alumbradas con electricidad, y donde se disfruta de un delicioso fresco que nos compensó de las fatigas de la travesía del Nilo en barca de remos y del largo y caluroso trayecto, montados en un camello.

Estuvimos más tiempo en el valle Oeste que en Luxor; nos interesaba más el Ramessesum y el templo de Deir-el-Bahari. Nos gustó mucho el Coloso de Memnon, las enormes figuras de piedra en las ruinas del templo del Gran Ramses. El Coloso del Norte es célebre ya desde los tiempos romanos porque a ciertas horas del día emite notas musicales; yo había ya leído una explicación de este fenómeno, según la cual, los intensos rayos del sol eran la causa de estos sonidos que tanto impresionaban a los antiguos. (Continuará.)



KURSAAL

el éxito de la temporada lo constituyen

MARY PICKFORD

y

DOUGLAS FAIRBANKS

en

la fierecilla domada

basada en la obra de
SHAKESPEARE

No dejar de ver la pareja de fama mundial
que por primera vez trabajan juntos

ARTISTAS ASOCIADOS, Rbla. de Cataluña, 62. — BARCELONA

SEÑORA

de Catalunya

¿A su marido le gusta verla elegantemente ataviada? ¿Sí?

Pues no dude usted más y adquiera hoy mismo la **ÚLTIMA CREACIÓN** para la presente temporada

Lindo camisón de seda bordada lavable en todos los colores, medidas corrientes, forma como el dibujo a	40 ptas.
Camisa de día haciendo juego	25
Pantalón	15
Sostén	7.50
Combinación	35

Extraordinario surtido en ropa interior para señoras y niñas; Juegos de Cama; Mantelerías, Pañuelos, Tejidos y Puntillas

SECCIÓN ESPECIAL DE FANTASÍAS, CON ELEGANTÍSIMOS MODELOS EXCLUSIVOS

EQUIPOS Y CANASTILLAS

La Golondrina

Ronda San Antonio, núm. 41

BARCELONA

BOLETÍN DE COMPRA
LA GOLONDRINA, Ronda S. Antonio, 41, Barcelona
Sirvase mandarme un
de
Conforme
cuya importe manda por



M. CERNÍ

La Golondrina

EL REDACTOR

(Continuación de la página 12)

mal, y un ataque a los modernismos malsanos... —Vea usted nuestra «Lady Macbeth», señor redactor cinematográfico; alabe su fidelidad al original shakespeareano. —No deje usted de hacer notar, señor redactor cinematográfico, como nuestra versión de «Lady Macbeth» es muy superior a la de Shakespeare.

La peligrosa dama se atrepiende de sus fechorías, los muertos resucitan y el público aplaude...

(¡Oh, qué delicia la de ser redactor!)

Envío:

Venerado recuerdo de Mariano José de Larra; espíritu maestro del aun llorado Figaro; no te sea profanación ni irreverencia esta leve humorada, inocente «pastiche» confesado de uno de tus ensayos más famosos. Que sólo el

fervor y el respeto han movido a pensar a quien lo escribe. Si aquel maestro de maestros hubiese unido a sus actividades de crítico de teatros y de literatura, de gacetillero, de redactor de artículos de economía, de poesía, de política, de costumbres, etcétera, etcétera, la de crítico de películas o redactor cinematográfico, ¡qué sabrosos párrafos hubiese podido añadir al sabrosísimo artículo que tituló:

«Yo soy redactor»! MARÍA-LUZ MONALES



UN CUTIS DE PORCELANA

terno, fino, transparente, será la envoltura de sus augures: lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de

ESMALTE MILLAT

Pídalo en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Endulzase instantáneamente, frasco 8 ptas.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 ptas.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 12 ptas.

Enviando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.



VELLO Y PELO

Depilación eléctrica
UNICA EFICAZ Y
PARA SIEMPRE

ESTÉTICA DE
LA CARA

DOCTOR FARRÉ
PABLO DEL CENTRO, 1
BARCELONA

**SIN
Canas
EN POCOS
DIAS USANDO
LA NOVISIMA
Y
PERFUMADA
Agua de
Colorida
MISTERIOSA**

*que contiene
pilocarbol evita
la caída y caspa
del cabello*

**HIGIENICA
PERFUMADA Y
EFICAZ**

CÓMO BESAN LOS ASES DE LA PANTALLA

(Continuación de la página 18)

rejas que saben besar, antes de poner fin a estas líneas: La primera está compuesta por Lloyd Hughes y Jane Daly. Estos dos artistas desempeñan los principales papeles en «La isla misteriosa», versión cinematográfica de la conocida novela de Julio Verne y el medidor automático se lanza a las alturas matemáticas, al computer las amorosas relaciones de la enamorada pareja.

La otra está formada por Robert Ames y Ana Harding, héroes del film «Vacaciones», y el primero, bajo la experta dirección de E. H. Griffith, estrecha entre sus brazos a su rubia compañera, y pega sus labios sobre la boca de ella, con tal fuerza, que parece privar a la doncellita de toda posibilidad de resistencia.

Esta incalculable importancia de los besos, hace algunos años llegó a crear serias dificultades en el Japón. Según las antiguas tradiciones niponas, el beso dado en público equivale a un imperdonable atentado contra las buenas costumbres. De ahí que el inexorable lápiz de los censores japoneses borrara de las películas toda demostración osculatoria.

El resultado fué el que puede fácilmente comprenderse: las repetidas mutilaciones dejaron las películas sin pies ni cabeza, y por consiguiente imposibles de reconocer. La masa del público, que empezaba a tomar gusto al cine, alzó clamores de reprobación.

En el Imperio del Sol naciente, las ideas modernas van abriéndose camino, y gradualmente las jóvenes generaciones imponen sus gustos a los espíritus retrógrados. Aun cuando algunos venerables consejeros dirigiéronse al Mikado con lágrimas en los ojos para impetrar la conservación de las antiguas costumbres, sus ruegos fueron vanos. Ya se permiten los besos en todas las pantallas del Extremo Oriente, y la única concesión que se ha hecho a los censores, es que los besos sean cortos.

El advenimiento del cine hablado, tal vez quite parte de su importancia a los besos. Hasta ahora tenían que esforzarse la imaginación para figurarnos las palabras cambiadas entre los enamorados, y la pantomima tenía que suplir la falta; pero de aquí en adelante las oiremos, y podrán ser tan incendiarias o más que los interminables besos de otros tiempos. Veremos pronto desaparecer de las películas tanto y tanto beso como hemos tenido que contemplar hasta ahora?

M. R. Rumi

IMPORTANTE. — Por falta material de espacio y para no suprimir ningún artículo nos vemos obligados a no incluir en este número la sección «De unos a otros»

Norteamérica acababa de tomar parte en ella. Las mujeres se esforzaban cuanto les era posible en prestar su ayuda, y cuando Teresita preguntó a mamá si Julia se hallaba demasiado ocupada para abandonar su trabajo, aquella le contestó con alguna tristeza que así lo suponía. Eso era fácil de creer, pues las monjas trabajaban a causa de la guerra y las niñas también las ayudaban. Cosían, hacían vendas y se ocupaban en labores de calceta, en beneficio de los soldados. A Teresita le gustaba mucho hacer calceta, porque por medio de mamá se enteró de que el Príncipe Encantador, o sea Miles Sheridan, había ido a Francia a combatir. ¿Acaso era imposible que, por una feliz casualidad, él llevase alguna bufanda hecha por la niña? Y hasta incluso ésta se habría atrevido a preguntar sus señas, con objeto de mandarle una bufanda con la mención de que procedía de Centicienta, mas luego pensó que sin duda él la habría olvidado ya. Al parecer, mandó a mamá la suma entera destinada a la educación de Centicienta, en un cheque muy grande, poco después de su aventura en la posada. Pasado algún tiempo de esto se casó con la señorita Sheen, y María Desmond no volvió a tener noticias suyas.

Teresita rezaba todas las noches pidiendo al cielo que Sheridan acabase la guerra sano y salvo, y cuando rezaba con los ojos cerrados, parecía ver su moreno rostro animado por su brillante sonrisa, como cuando el Príncipe Encantador se descubrió a fin de despedirse de ella para siempre. Preguntábase si Isabel Sheen (porque Teresita no quería darle el nombre de señora Sheridan) rezaba también. Y le era muy difícil imaginarse a Isabel rezando.

Un día, cuando Teresita tenía diez y seis años, una niña mayor la llamó al banco del jardín en donde estaban sentadas tres alumnas de la clase superior. De un modo u otro habían conseguido hacerse con unas páginas ilustradas del suplemento dominiguero de un periódico y mostrándole uno

de los grabados, la niña que llamó a Teresita le dijo:

— Mira esto. Rosa, Emilia y yo creemos que es tu mismo retrato.

La hoja de aquel periódico había sido doblada en pequeños dobleces y escondida entre las páginas de un libro de estudio. La niña abrió el volumen con cautela y Teresita miró.

Vió una instantánea ampliada que reproducía a una mujer joven y hermosa, cuya figura esbelta estaba, sin embargo, muy desarrollada y que, sin rebozo alguno, dejaba admirar gracias a un traje de baño que llevaba muy ceñido al cuerpo. Su cabeza se cubría con un gorro de baño y sus grandes ojos miraban sonrientes hacia el aparato fotográfico. Aquella mujer encantadora se perfilaba sobre el fondo de la playa y del mar. Al pie de la fotografía había el siguiente epígrafe: «Julia Divina, en Palm Beach».

Teresita pudo contener la exclamación: «¡Pero si es mi hermana!» Recordó que, por una u otra razón, papá, mamá y también Julia deseaban que se ignorase su parentesco. Tal vez esto se debiera a que Julia había adoptado el bonito nombre de «Divina» y fuese difícil explicar el parentesco que pudiese tener con una persona de semejante apellido. De todos modos conocía la orden de no hablar, y ninguna de las colegialas llegó a enterarse de que la misma Julia Divina había ido varias veces al convento, pues siempre que lo hizo llevaba un espeso velo de automovilista y mandaba recado a Teresita de que su «hermana» había llegado.

Mucho tiempo atrás, y ya en Silverwood, Teresita se dio cuenta del parecido, ahora, a los diez y seis años, considerándose ya una mujer, aquella semejanza era todavía más notable. La instantánea podía haber pasado por un retrato de Teresa y no de Julia, a excepción del detalle de que el cuerpo de la mujer retratada estaba más desarrollado que el de Teresita. Esta era ya tan alta como Julia, mas aun conservaba la esbeltez propia de un muchacho,

modo. Tal vez la consideró descortés por no haber contestado a su pregunta; y como no le gustaba que pudiesen creerla mal educada, se apresuró a explicar:

— Muchas veces he jugado a ser Centicienta.

El joven sonrió. Tenía unos dientes muy blancos y su sonrisa era muy alegre. Antes de hacerlo mostraba cierta dureza en la expresión de su rostro afilado, a pesar de su aspecto amable. Su nariz se asemejaba mucho a la de un retrato que había en el dormitorio de papá y mamá y que pertenecía a un antiguo duque inglés que se dedicó a la guerra. Los ojos de aquel hombre parecían luminosos a pesar de la negrura de sus cejas y de sus pestañas, de manera que a Teresita se le antojaron unos estanques muy profundos, rodeados de cañaverales y alumbrados por el sol.

— Supongo que su hada madrina me habrá sacado de la cama, mandándome venir a la cocina a una hora tan intempestiva, para que la ayude a levantar el cubo del carbón, señorita Centicienta! — exclamó riéndose.

Y levantando el pesado cubo como si fuese un cestillo de flores, puso sobre las brasas el carbón suficiente.

— Ya está — dijo. — Por el momento, no hay nada más que hacer. ¿Acaso forma parte de los deberes de Centicienta el hacer el desayuno en estas frías mañanas?

Teresita movió la cabeza con cierta timidez. Empezó por explicar que no había podido dormir en el estrecho sofá y en una habitación a la que no estaba acostumbrada, lo que le hizo recordar que por causa de aquel hombre se vio obligada a abandonar su cama. Por esto se interrumpió y se sonrojó de nuevo.

— ¡Pobre Centicienta! — exclamó el joven, con acento compasivo. — Temo ser el culpable de que haya usted tenido que abandonar su habitación. De saberlo, no lo hubiese permitido, mas no se me ocurrió siquiera la posibilidad de que existiese otro miembro de la familia. De todos modos es vergonzoso. Ojalá me hubiesen destinado a mí el sofá, porque habría

podido dormir muy bien en él. Han sido ustedes muy bondadosos al cedernos sus camas, y no sé qué habría sido de las señoras que me acompañan en caso contrario. Creo que la señorita Sheen tendría el mayor gusto en ser su hada madrina, señorita Centicienta. Antes de marcharnos le hablaré de usted. Yo me he levantado temprano para ver a mi *chauffeur* y...

— ¡Oh, no! — interrumpió Teresita. — Hágame el favor... No quiero ver a la señorita Sheen. Yo... no le merezco ninguna simpatía.

El joven se quedó más asombrado que nunca.

— ¿Cómo puede ser eso, si, incluso, ignora que usted exista?

— Se engaña usted, porque me conoce muy bien — confesó Teresita.

— ¿Cuándo se han conocido ustedes?

— El caso es... que no quisiera decirselo — replicó ella en voz muy baja.

Sheridan sólo pudo ver la parte superior de la cabeza de la niña y las cascadas de rizos dorados y despellados.

— En cambio, yo quiero que usted me lo cuente. Fíjese, Centicienta. ¿Cómo sabe usted que yo no soy el Príncipe, que le da uno de sus mandatos?

De un modo u otro pudo lograr que ella le refiriese la historia, y la escuchó con la mayor gravedad, como si fuese un asunto de estado.

— ¿De modo que ustedes vivían en Silverwood? — preguntó por fin muy pensativo.

Teresita afirmó con labios temblorosos.

— Yo también viví allí durante mi infancia. Aquel lugar me gustaba mucho. ¿Y a usted?

— ¡Oh, sí! — replicó ella.

Sheridan reflexionó un momento.

— Creo que será usted ya demasiado crecida para jugar todavía con un oso de terciopelo. ¿Qué le parece a usted uno muy grande que moviera los ojos y diese gruñidos?

A Teresita le latió el corazón muy aprisa.

— Se lo agradezco mucho, pero precisamente me gustaba aquél —

contestó. — Otro no sería lo mismo para mí.

— Es usted una niña muy leal — dijo Miles Sheridan. — En fin, ya pensaré en algo que pueda compensarle lo pasado. ¿Le gustaría... una sorpresa?

— Sí, señor. Siempre y cuando no procediese de la señorita Sheen — replicó la sincera Teresita. — E incluso no quiero que ella se entere, porque si lo supiera me estropearía todo mi gozo.

Lejos de ofenderse, el prometido de la señorita Sheen se sentía complacido al observar aquella franqueza. Prometió pensar el solo en la sorpresa y no decir una palabra a Isabel. Como recompensa de su promesa, hizo que Centienta le contestase a numerosas preguntas: si le gustaba la vida en la posada tanto como en Silverwood; si quería ir a la escuela, y qué se proponía hacer cuando fuese mayor. Al parecer, le interesó mucho enterarse de que a ella no le gustaba «La Luna Azul», porque allí había demasiado ruido; que su madre le daba lecciones, pero que la pobre empezaba a ser muy vieja para ello y que a mamá le gustaría alejarla de la posada, haciéndola ingresar en el colegio de monjas, en donde podría llegar a ser una niña apacible y cariñosa y muy distinta de las que frecuentaban el restaurante, que se reían en voz alta, que fumaban y que bailaban aquellos bailes tan raros y usaban, además, en su conversación unas palabras ininteligibles. Sin embargo, no esperaba poder ser lo que su madre deseaba, pues papá decía que para ello tendrían que gastar demasiado dinero.

En lo más interesante de aquella conversación apareció María Desmond, que se asombró en extremo al ver el fuego encendido y al señor Sheridan en la cocina. Este explicó que había bajado temprano para hablar con el *chauffeur* acerca del automóvil y que al pasar por delante de la puerta abierta vio a la señorita Centienta luchando con el cubo del carbón.

Teresita pasó entonces un momento

muy desagradable y a sí misma se reconvinó por haberle referido la historia de lo ocurrido con Isabel Sheen y con el oso de terciopelo.

Temió que el Príncipe le hiciese traición sin darse cuenta, mas no fue así, pues él dio la impresión, sin mentir, de que estaba enterado de que los Desmond habían vivido en Silverwood. Teresita le agradeció mucho aquella consideración y comprendió que podría confiar en él, de modo que sin el menor recelo obedeció la orden de su madre, que le mandó con un recado a papá.

Era preciso llevarle agua para que se afeitase, y luego ocuparse en algunas otras cosas. Después, al oír la voz de Isabel Sheen, que recordaba muy bien, la niña se refugió, como asustado conejo, en el cuartito rojo y azul en que había dormido. Deseaba ver de nuevo a Miles Sheridan. Le parecía un hombre muy bondadoso, guapo y maravilloso. En una palabra, un verdadero príncipe. Y, además, le dijo que para ella sería el Príncipe, el príncipe de Centienta. Sin embargo, Teresita no pudo resolverse a comparecer donde se hallara la señorita Sheen, ni siquiera con objeto de verle a él. No tenía fuerzas para tanto.

— «Ahora estarán desayunando», pensó. «Y pronto se marcharán.»

Oyó el ruido del motor y asomándose con cautela a la ventana vio la enorme *limousine* gris que pasó la noche en el *garage*. El *chauffeur* la había arreglado, según profetizó mamá, a tiempo para salir temprano por la mañana.

La niña observó, fascinada, cómo cargaban en el coche las elegantes maletas. Luego subieron las señoras: la primera, Isabel, a pesar de la mayor edad de su compañera, de humilde aspecto... Teresita no pudo ver el rostro de la señorita Sheen, pues tan sólo divisó un mechón de dorado cabello bajo la toca negra, y la figura de la joven, que a los veintidós años ofrecía el mismo aspecto que a los diez y ocho. Y la niña sintió un dolor interno al pensar en que su Príncipe Encantador, que tenía una

voz tan hermosa y una sonrisa tan alegre, pudiese pertenecer a Isabel Sheen.

Este subía al automóvil. Era tan esbelto, que visto de espaldas parecía un muchacho, aunque ya tenía veintitrés o veinticuatro años. Teresita no pudo verle el rostro otra vez. Pero sí, porque se volvió, levantó los ojos y vio a Teresita asomada a la ventana. De nuevo le sonrió de aquel modo inolvidable y se descubrió como si la niña hubiera sido una persona mayor. Luego acabó de entrar en el automóvil, que inmediatamente se alejó.

La niña continuaba en la ventana, como embelesada, cuando mamá subió corriendo, casi sin aliento por lo apresurado de la ascensión.

— ¡Oh, niña mía! — exclamó jadeante. — ¡Ha ocurrido una cosa maravillosa! Este joven tan simpático, el señor Sheridan, estaba enterado de nuestro disgusto con la señora Parmalee y también de que nos trataron muy mal. El quería mucho a la anciana señora, que siempre le trató como pudo haberlo hecho su madre o su abuela, de modo que en memoria suya desea reparar aquello

en lo posible. Me ha preguntado por ti y acerca de mi deseo de mandarte a una escuela. Yo le dije que tal era mi anhelo y entonces me ha encargado que no dejase de hacerlo. Y ahora, ¡asombrate! ¡Va a pagarte siete años de pensión en un convento! Ha logrado el consentimiento de papá y así mi hijita estará segura, lejos de las cosas desagradables que ocurren aquí, hasta que ya sea una persona mayor y haya cumplido diez y siete años. ¿Qué te parece?

— ¡Oh, mamá! ¿Por qué hace eso por mí? — preguntó Teresita en brazos de su madre.

— No lo sé. El asegura que es para darnos una compensación — repitió la feliz mujer. — Aunque supongo que lo hace porque es muy bueno.

Y se guardó para sí las últimas palabras de Sheridan: «Su hijita es la niña más bonita que he visto en mi vida. Hace usted muy bien al desear alejarla de la posada, pues aquí no aprendería nada bueno y eso tendría mucha importancia cuando fuese mayor.» La madre se calló, porque no quería que su hija se envaneciera.

CAPÍTULO VI

En el convento se hallaba a unas cuarenta millas de distancia; sin embargo, hasta después de cumplir los doce años Teresita no fue a pasar las vacaciones en su casa. En cambio, mamá iba a visitarla, si bien nunca podía estar más de una semana cerca de su hija.

— ¿Por qué no quieres que vaya a casa contigo? — le preguntaba, a veces, la niña.

Y aunque María le contestaba con evasivas (o posiblemente a causa de ellas), Teresita empezó a comprender

las verdaderas razones que lo impedían.

La «Posada de La Luna Azul» era, entonces, frecuentada por una multitud de jóvenes y muchachas juerguistas y papá bebía cada vez más. Ya no tenía un solo momento de humor apacible. Teresita no habría sentido deseos de volver a casa si mamá hubiera podido hacerle visitas más largas y si Julia hubiese ido al convento con más frecuencia. Por desgracia, esta última iba muy raras veces. Además, había entonces en Europa una guerra formidable y



RICHARD BARTHELME



BEBÉ DANIELS